

PÁJAROS Y HOMBRES,

POEMA DE UN DESCONCIERTO,

POR

D. EDUARDO BUSTILLO.

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
V. A. N. P.

PÁJAROS Y HOMBRES,  
POEMA DE UN DESCONCIERTO.

SINFONÍA.

I.

De amor sienten la llama  
El pájaro y el hombre;  
La misma ley divina los reclama;  
Mas juro por mi nombre  
Que, mientras canta el pájaro en la rama,  
De su pasión sencilla siempre ufano,  
El hombre, que es de Dios perfecta hechura,  
Por no llevar su voz á tanta altura,  
Cuando quiere cantar, canta en la mano.

El día en que perdiste el paraíso,  
Rey de la creación, perdiste un trono;  
Y si Eva, nuestra madre, así lo quiso,  
Yo, que soy un Adán, se lo perdono.

Por saber lo ignorado se moría,  
Su compañero, al fin, era inocente,  
Y que ella se muriera no quería  
Por no aburrirse luego eternamente;  
Y además, ¡prometía  
Unas cosas tan dulces la serpiente!

II.

Mas hoy los pobrecitos hijos de Eva,  
Que la historia de Adan no hallamos nueva,  
Y que al comer la fruta consabida  
Ya nos hemos comido la partida;  
Nosotros, que del mal nada ignoramos,  
Y que en prestar oido  
A la serpiente vil nos deleitamos,  
Y, al escuchar su seductor silbido,  
Dentro del corazon la acariciamos;  
Que, de la audaz malicia el alma llena,  
Ó de torpes deseos con gran copia,  
Ni escarmentamos en cabeza ajena,  
Ni hallamos freno en la desgracia propia;  
Nosotros, sí, los reyes  
De derecho divino, en fin, los hombres,  
Que á la flor y á la piedra damos nombres,  
Y á la bestia feroz dictamos leyes,  
Con la razon altiva por corona,  
Y por cetro la espada,  
Tenemos que rendir la Real persona  
Y humillar nuestra frente coronada  
Ante un débil vasallo, un pajarillo,  
Que, entonando en la rama sus canciones,  
El templo labra de su amor sencillo  
Y de eterna moral nos da lecciones.  
Y aquí á la sinfonía doy ya punto,  
Que expuesto dejo el fondo de mi tema,  
Y voy á entrar de lleno en el asunto  
Que encierra el interes de mi poema.

CANTO PRIMERO.

MÚSICA DE LA TIERRA Y MÚSICA DE LOS CIELOS.

I.

Era de un viejo guarda-bosques hija  
La preciosa Leonarda;  
Con vivo celo y atencion prolija  
Todo en su bosque lo guardaba el guarda,  
Ménos á aquella niña encantadora,  
Ya su postrer consuelo  
Desde que, en muy mal hora,  
Vió á su santa mujer tornar al cielo.  
Y aquel bendito padre  
Pensaba que á su niña  
El ejemplo bastaba de la madre,  
Y que mujer hermosa es una viña  
Que en sí lleva la guarda, ó no la tiene  
Si la mujer no es cuerda,  
Aunque la acote el dueño y la condene  
A perro que vigile, ladre y muerda.  
Y, en fin, el pobre viejo,  
Que nunca vió en su bolsa más que el cobre,  
Alegre á su humildad oyó el consejo  
De que jamas Amor busca su espejo  
En mujer olvidada, oscura y pobre.  
Pero á su gusto lo dispuso el diablo,  
No como el guarda imaginarlo quiso,  
Y Amor, sin disparar más que un venablo,  
Pudo herir á Leonarda hiriendo á Pablo,  
Que encontraba en el bosque un paraíso.

II.

Era Pablo un muchacho  
Ingenioso y alegre y vivaracho,  
Por gracia del maestro  
En leer y escribir bastante diestro,  
Y aún por la aldea circuló la idea  
De que Pablo poner logró en un brete  
Nada ménos que al cura de la aldea  
Por lo bien que glosaba al padre Astete.

Con todo su saber el pobre chico,  
Que sólo en ilusiones era rico,  
Si no cortaba leña no comía  
Su pan de cada día;  
Y esa necesidad, que es la primera,  
Trajo la del amor, que no podría  
Ahorrarse ya el rapaz aunque quisiera;  
Pues lo que en broma habian empezado,  
El cantar, la sonrisa y el piropo,  
Llegó en véras al límite vedado  
De un beso prometido al pié de un chopo.

Ni vió ni oyó el anciano, ni hubo riña  
Para bromas y véras de Leonarda;  
Pues, siempre con su idea de la viña,  
Méno á aquella encantadora niña,  
Todo en el bosque lo guardaba el guarda.

III.

La tarde parecia de verano;  
El viejo en un pinar quedó dormido;

El rapaz dejó el hacha de la mano,  
Deslizóse sin ruido  
Del silvestre avellano  
Y el zarzal, por las sombras protegido,  
Y junto al chopo aquel de la promesa,  
En un recinto plácido y ameno  
Donde es la fronda espesa,  
El ambiente de aromas está lleno  
De zarzamora y de montés frambuesa,  
Y el claro arroyo, que corriendo aprisa  
De la montaña viene,  
Deleitando á las flores con su risa,  
En murmurar de todo se entretiene;  
Allí fué donde, trémulo de gozo,  
Halló á Leonarda Pablo, y allí donde  
Va á reclamarla con afán de mozo  
Y acento á que el amor siempre responde.

IV.

Y cuando ya la lengua enmudecía,  
Y de ardientes antojos,  
Ya sólo la pasión hablar podía  
Con temerarias frases de los ojos,  
Un ruiseñor, que estaba el nido haciendo,  
Asustado salió de entre el follaje,  
El peligroso giro interrumpiendo  
De aquel mudo y diabólico lenguaje.  
Con tan leve rumor sobrecogidos,  
Declarando su falta de inocencia,  
Los amantes, sin verse arrepentidos,

Darse cuenta pudieron de que hay ruidos  
Que hablan como la voz de la conciencia.

Atenta el ave al fin á su cuidado  
Más que á los dos amantes indiscretos,  
Que, en fuerza de callar, tanto han hablado,  
Toma el nido y retoma, y sale y entra  
Tranquila y sin enojos,  
Llevando el útil material que encuentra  
De la rica floresta en los despojos.

Por dar fin á su obra  
Trabaja sin descanso la avecilla,  
Pues le causa zozobra  
El hondo afan con que el futuro esposo  
La requiere, la apremia, la persigue,  
Y áun esfuerza su acento melodioso  
Porque el amor del arte más la obligue.

Y el galan ruiseñor, altivo, fuerte  
Y envidia de cantantes,  
Que ya de algun rival causó la muerte,  
Allí, á la vista de los dos amantes,  
En seguir se divierte  
A su adorada en sus variados giros;  
Mas como ella su juego esquivaba tanto,  
A su alta rama vuelve, y son suspiros  
Las dulces notas de su nuevo canto.

V.

Aquel cantor que enalteció la escuela  
De su sentido hermano Filomela,  
Pide al amor el tono á que se ajusta,

Pues de él espera ricos galardones,  
Y sabe que á las hembras siempre gusta  
Oír sobre ese tema variaciones.

Y como ha visto allí seres humanos  
Que el amor arrastraban por los suelos  
Con afición á juegos de villanos,  
En el idioma puro de los cielos,  
Poniendo por testigos á las flores,  
Quiere enseñarles el alado artista  
Cómo entre ruiseñores

El amor de las hembras se conquista.

Y el rey de los tenores de la fronda,  
Con muy tierna querella  
A su amada obligando á que responda,  
Se excede en su canción sentida y bella,  
Y entre escalas y trinos y ligados,  
Lanzando un admirable *dó* de pecho,  
Ante Leonarda y Pablo entusiasmados  
Ve su orgullo de artista satisfecho.

Desde su nido la hembra enamorada,  
Por reclamos tan altos obligada,  
Mirando á su galan atentamente,  
Con suave *pio pio*,

Contestarle quería lo siguiente:

«¡Muy bien, ídolo mio!

»¡La canción es preciosa! ¡Como tuya!

»Tú el premio alcanzarás; mas, por ahora,

»¡Ay! déjame que huya,

»Aunque tu dulce acento me enamora;

»Déjame que fabrique

»Un templo á la pasión que nos abrasa,

» Para que Dios en él la santifique  
» Y despues nuestros hijos tengan casa.  
» No tomes por desden este desvío,  
» Y, miéntras pongo fin á mi tarea,  
» Canta, canta, bien mio,  
» Pues tu voz me da aliento y me recrea;  
» Y mañana tal vez, cuando improvises  
» Tu cancion á la luz del nuevo dia,  
» Podrán venir alondras y malvises  
» A celebrar tu bien y mi alegría.»

VI.

El ruiseñor la entiende y vuelve al canto,  
Y miéntras ella á su trabajo vuelve...

¡ Ah! sí; pero entre tanto  
Las dudas de Leonarda ¿quién resuelve?...  
¿ Por qué á cantor de tan soberbia traza,  
El ave, á quien amor así convida,  
Duramente rechaza  
Al mirarse de cerca requerida?

Aunque es su amante Pablo tan leido,  
Se ve con duda tal puesto en un brete,  
Y aún sabiendo glosar con buen sentido  
La doctrina moral del padre Astete,  
A contestar no acierta; si acertára,  
No escucharia con pasion avara  
Los consejos del diablo,  
Y á tiempo se diria: « ¡ Guarda, Pablo!... »

No sabe contestar, pero sí sabe  
Preguntar á su vez con egoismo:

« Muy cruel ha sido el ave;  
» ¿ Serías tú capaz de hacer lo mismo? »  
Y la pregunta trae á su memoria  
El prometido beso;  
Y aquí el cuento de amor pica en historia,  
Que era ardiente la tarde con exceso,  
Penetrante el perfume de las flores,  
El sitio solitario, y... ¡ ay Dios mio!  
¿ Por qué, por qué en amores  
No tiene el hombre, rey por su albedrío,  
La virtud de los castos ruiseñores?

VII.

Y caia la tarde lentamente,  
Y el aura susurraba entre las hojas,  
Y ellos bajaban con rubor la frente,  
Pálidas las mejillas, ántes rojas.  
Y aquel arroyo claro y cristalino,  
Que de todo murmura,  
A cuantas flores halla en su camino  
Del monte y la llanura  
En secreto les dice cuanto sabe;  
Y ellas tiemblan, le llaman indiscreto,  
Y no se duermen sin cerrar con llave  
En el fondo del cáliz el secreto,  
Pues se trata de amor y el caso es grave.

Y ya Pablo y Leonarda,  
Baja la vista, vacilante el paso,  
Sintiendo con vergüenza lo que tarda  
En hundirse la luz en el ocaso,

Huyendo van del plácido recinto  
Donde el ave afanosa,  
Que trabajó con maternal instinto .  
Ántes de que el amor la hiciera esposa,  
En su acabado nido se recrea,  
Donde la arrulla con su dulce canto  
Aquel que ama la luz y la desea,  
Aquel que de esperanzas vive tanto,  
Que en la luna, con cándida porfía,  
En el lucero, en las estrellas todas,  
Ya sueña ver el sol del nuevo día  
Viniendo alegre á celebrar sus bodas.

CANTO II.

ROMANZA-ARIA FINAL.

I.

Del guarda en la casita  
No hay más de lo que el viejo necesita,  
Con su hija idolatrada,  
Viña muy rica, pero mal guardada.  
Un cuarto reducido,  
Con una cama estrecha casi lleno,  
Donde el guarda dormir siempre ha podido,  
Sordo á la envidia, á la ambicion ajeno:  
Luégo el hogar humilde, que conviene  
Del pobre á las comidas más frugales,  
Aunque en él vivo el fuego se mantiene  
Sin eternos cuidados de vestales:  
Y, en fin, el dormitorio de Leonarda,  
Donde ella con empeño  
Santos recuerdos de su madre guarda,  
Que ahora la impiden conciliar el sueño ;  
Pues de un consejo le habla cada prenda,  
Que, por su mal, la niña dió al olvido,  
De amor en la contienda  
Prestando sólo á su pasión oído.

Los ojos de su alma, ya sin venda,  
No ven quizá la inmensidad del daño,  
Pues ama la muchacha con locura,  
Y encuentra no sé qué placer extraño  
Al pensar en su propia desventura.

II.

Siempre la misma duda la persigue  
En medio del insomnio que la abruma :  
¿Será verdad que amor con nada obligue  
Pecho de blanda pluma?

¿Que con desden tan fiero así castigue  
Un ave al ruseñor que adora en ella,  
Que en torno suyo eternamente gira,  
Y sólo pide un beso si suspira,

Y en vano canta triste y se querella?

Y así Leonarda trae á la memoria  
Dos historias de amor, pero aún no sabe  
Por qué intranquila piensa en la del ave  
Con tanto afan como en su misma historia.  
Ni darse cuenta puede todavía,  
Preocupada y confusa,  
De que acusando al ave por impía,  
De su propia flaqueza ya se acusa.

Y es la noche para ella eterna y triste,  
Primera en que tembló su alma sencilla,  
Que en vano á los recuerdos se resiste  
En que la imágen de su madre brilla,  
Y en vano de esperanza busca un rayo  
Que ilumine su amor y su fortuna,  
Como ilumina el bosque dulcemente  
Con suave resplandor la blanca luna,  
Del desdichado amiga y confidente.

III.

Presa de su inquietud indefinible,  
Deja por fin el lecho,  
Una tregua buscando, ya imposible,  
A aquel afan de su agitado pecho.

Y va á asomarse luégo á la ventañá  
En que, á la luz del sol, de vida llena,  
Un día se mostró rosa galana  
La que hoy es triste y pálida azucena.

Y el astro de la noche contemplando,  
Los ojos por el llanto humedecidos,  
Tal vez ignora en lo que está pensando.....  
Mientras llega confuso á sus oídos  
Ese vago rumor de mil rumores  
En que parece que hablan, aún dormidos,  
Auras, insectos, pájaros y flores.

IV.

En escuchar se empeña,  
Entre un acento y otro discordante,  
Como el latir de un corazón que sueña  
Realizar las promesas de su amante;  
Ó notas sueltas del cantor alado  
A quien fiero desden hirió de muerte,  
Y que, solo en su rama y desvelado,  
En cantar sus desdichas se divierte.

Y en aquella ilusion de sus sentidos  
Ve otra vez sus recuerdos confundidos;

Y un deseo vehemente acariciando,  
Nacido de la duda que la acosa,  
Poco á poco la frente va inclinando,  
Tan pálida y hermosa  
Como el lirio que crece en su ventana,  
Y que, al calor febril de aquella frente,  
Se agita y tiene sed del fresco ambiente  
Precursor de la luz de la mañana.

V.

La del alba nacia;  
La triste Diana, en tan solemne instante,  
Tras el monte lejano fallecia,  
Buscando, moribunda, todavía  
Los besos de Endimion, su dulce amante.  
Y cuando en sus rumores,  
Auras, insectos, pájaros y flores,  
Con música sentida y concertada  
Saludan al fulgor de la alborada,  
Alza la niña su abrasada frente,  
Y, en el momento mismo,  
Con paso torpe, como aquel que siente  
Impulsos de un fatal sonambulismo,  
La casita abandona, un grito lanza,  
Y es un ¡ay! de ansiedad con que responde  
A una nota de amor y de esperanza  
Que ella sueña escuchar bien sabe dónde.

Y acude allí, temblando  
Tal vez con la naciente calentura,  
De vergüenza tal vez, y, separando

Uno y otro ramaje en la espesura,  
Entre dos blancos álamos asoma,  
Curiosa impertinente  
Que ha manchado sus alas de paloma,  
Y aún pregunta por qué no es inocente.

VI.

Ven sus ojos y aún duda; el ave impía,  
Que desdeñosa se mostrara y fria  
Al ruiseñor que en la pasada tarde  
Hizo de artista y de galan alarde,  
Ahora, en su tosco nido  
A la fe conyugal brindando un trono,  
Con pecho enardecido,  
Al que firme de amor la ha requerido  
Se entrega ya con plácido abandono.

Y es el fulgor de la riente aurora  
Su antorcha de Himeneo;  
Y apadrinan su union en tan buen hora  
La alondra y el malvis; y son sus galas  
Los perfumes y gotas de rocío  
Que el suave ambiente les llevó en sus alas;  
Y entonan himnos en la alegre fiesta  
Los alados cantores de más brío  
Que con su voz animan la floresta.

Leonarda, sorprendida, apenas puede  
Dar crédito á sus ojos,  
Y enójala quizás lo que sucede;  
Que empieza á comprender, aún con enojos,  
Que era el rigor aquel de la avecilla,

Cuando atenta á su nido sólo estaba,  
Elocuente leccion, aunque sencilla,  
Que ella en su ciego afan no adivinaba.

¿Dónde á su ardiente amor, ya satisfecho,  
Labraron ella ó Pablo el propio nido?  
Ni un sacrificio al porvenir han hecho;  
Su pasion lo fué todo, hasta el derecho  
De dejar su pobreza en el olvido.

VII.

Y despues pasa un dia y otro dia,  
Y á Pablo ve Leonarda  
Sintiendo siempre amor, mas no alegría,  
Y si algo la pregunta el pobre guarda,  
Con su tenaz idea se extravía,  
Y habla de aves y nidos,  
Y de puros afectos escondidos  
Entre álamos y hiedra y zarzamora,  
Y á un tiempo gime y canta, rie y llora.

Y otra vez, por la fiebre sostenida,  
Curiosa, inoportuna,  
Busca la muerte donde todo es vida;  
Y acude á desgarrar la última tela  
Del corazon herido;  
Verdugo de sí misma, que áun anhela  
Penetrar hasta el fondo de la escuela,  
Cuya moral tan tarde ha comprendido;  
Cebarse en su dolor con sed extraña,  
Como el enfermo, ya desesperado,

Que goza golpeándose la entraña  
Que á eterna postracion le ha condenado.

VIII.

Y allí está ya; con extraviados ojos  
Busca el nido, le encuentra, pero ¿dónde  
Con su esposo adorado al fin se esconde  
La que la inspira admiracion y enojos?

Sólo ve el nido desde allí, no sabe  
Por qué tan fria soledad la espanta...  
Mas ya el acento suave  
Se oye del rui señor, que alegre canta.

¿Por qué canta tan dulce melodía?  
¿Dónde su esposa está, que es su alegría?  
¿Qué novedad encierra aquel acento,  
Expresion de la angélica armonía,  
Poema del más puro sentimiento?

Oye y no ve la niña, y se enfurece,  
Y de penas más grandes codiciosa,  
Acude al pié del nido, en que aparece  
Ante su vista la feliz esposa.

Está el ave tendida,  
Inmóvil, adormida,  
Con el ala enarcada como el brazo  
De una madre que cuida  
De abrigar á su niño en su regazo.

Y asoman tres cabezas bajo el ala,  
Y en el fondo del nido hay movimiento,  
Y la vida, el calor, el sentimiento  
Que allí del seno maternal se exhala.

IX.

¡Cómo tiembla Leonarda, contemplando  
Aquel cuadro tan rico de ternura,  
Juez silencioso que la está acusando,  
Mientras su santo amor y su ventura  
Artista y padre á un tiempo están cantando!

Un ¡ay! brota del alma  
De la niña infeliz, y la avecilla,  
A ver quién turba su apacible calma  
Irgue asustada el cuello, se alza, chilla  
Y llama al fiel esposo,  
Que, suspendiendo el canto,  
A ella acude solícito y celoso;  
Que era de madre el grito y tuvo espanto.

Juntos los dos, con ademan sañudo,  
Fiera expresion de paternales celos,  
Presentan en sus pechos un escudo,  
Pues temen que les roben sus hijuelos.

Y al ver la niña su mirada ardiente  
Fija sobre su rostro demudado,  
Huye cual si gritasen: «¡imprudente!  
¿Por qué turbas la paz que ha conquistado  
Un firme amor con su pureza santa,  
Tú, que torpe has manchado  
Nuestro bendito asilo con tu planta?»

X.

¡Ay, se muere Leonarda!  
Y ya sabe su amante por qué muere,

Y allí se encuentra junto al pobre guarda  
En tan tristes momentos,  
Al postrer resplandor de una existencia  
Cuyos dolores son remordimientos  
Con que al fin ha de ahogarle su conciencia.

Sufre ménos el viejo que lo ignora  
Y se alivia llorando, pues no sabe  
Que hay en aquella muerte algo más grave  
Y que avergüenza al padre que lo llora.

Ya por la fiebre lenta consumida,  
Despídese Leonarda de la vida;  
Y en medio del delirio  
Áun escucha en su triste despedida,  
La voz del ruiseñor, que es su martirio,  
Aunque al dulce final de su romanza  
Brinda á la pobre mártir un consuelo,  
Pues parece decirla: «Mira al cielo,  
Que allí todo es amor y bienandanza.»

Y ella ve celestiales resplandores,  
Murmurando al morir: «Haz tú, Dios mio,  
Que siempre en sus amores  
Tenga el hombre, que es rey por su albedrío,  
La virtud de los castos ruiseñores!»